

Realidades invisibles

Por: Cosette

Luisa es una mujer indígena que vive en una comunidad marginada a las orillas de la Ciudad de Puebla. Su esposo Tomás y ella, han luchado en contra de condiciones precarias para sacar adelante a su familia: haciendo frente a la vida con el rostro requemado por hacer florecer el campo de sol a sol durante años. Al esfuerzo sobrehumano, le sumamos un corazón marchito tras el abandono de sus familias, el olvido de sus gobernantes y la total indiferencia de nuestra sociedad que no los contempla a ellos, ni otras millones de realidades invisibles que existen en nuestro país.

Siempre me ha parecido inhumano cómo el lado del muro en el que uno nace puede determinar qué tan lejos se llegará en la vida. Ese sentir de injusticia que me invade, me ha llevado a buscar una manera de ayudar, de compartir y, sobre todo, ser portavoz de aquellos gritos que aún no han sido escuchados.

Fue justo así como conocí a Luisa. Yo era voluntaria y ella futura beneficiaria de una vivienda. Todavía recuerdo la mirada y el gesto de desprecio que me dirigió aquel primer día; era la mujer más hermética que había conocido en mi vida. No la juzgo, pues cómo confiar en unos cuantos voluntarios después de una vida llena de mentiras de tus representantes, de recibir falsas promesas de los partidos políticos, e incluso sufrir el abandono de tus propios padres o la estafa de tus hermanos, de tu sangre.

Decidí que durante el fin de semana en que mis compañeros y yo construiríamos la casa de Luisa, haríamos que ella recobrarla la confianza y la esperanza de una vida mejor. Así pues, convivimos con ella, sus hijos y sus nietos -quienes, entusiasmados, nos ayudaban a construir su nueva casa. Nuestra Luisa, durante el almuerzo, nos compartió algunos episodios de su vida que me hicieron estremecer: víctima del machismo, hambre, abuso de poder y una vida completamente infeliz. Pero también nos habló de valores, determinación y optimismo para nunca darse por vencida y hallar un camino para salir adelante.

Intenté cambiar la vida de Luisa en tres días, jamás previendo que, en realidad, ella cambiaría la mía.

Después de ese intenso fin de semana, Luisa cambió radicalmente; incluso, nos ayudó a reunir más gente de la comunidad para hablar de sus necesidades, proyectos inconclusos y poder brindarle luz a otras personas que, como antes ella, estaban sumidas en la miseria, en la oscuridad misma. Gracias a Luisa, conseguimos fortalecer el

vínculo entre voluntarios, pobladores y los representantes de la comunidad, impartiendo así talleres de educación ambiental e incluso enseñando a la población a redactar oficios para ser éstos enviados a sus representantes donde demandarían formalmente sus necesidades. Fueron estas pequeñas acciones las que disiparon el humo de la indiferencia y encendieron la llama de la voluntad para generar cambios y salir adelante, todos, de la mano.

Luisa me inspiró a seguir trabajando al paso de las personas más vulnerables, pero que buscan salir adelante y luchar por el cambio que merecen; seguir las huellas de aquellos que reclaman con gritos un mejor futuro en nuestro país. Ella, mi Luisa, la Luisa de todos, hizo que me diera cuenta que a veces, sólo necesitamos que alguien nos brinde una mano, un hombro o un oído atento para conquistar lo que parecía imposible. En aquellos días a su lado no sólo construimos su casa, también forjamos un puente invaluable que conectó nuestro mundo con el suyo. A decir verdad, nunca había llorado de felicidad y a mí, Luisa me regaló esa dicha.